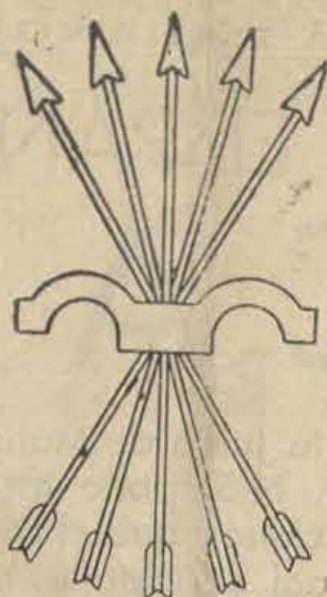


Porque estamos en la Guerra y con la guerra decimos: Que nadie venga a encubrir sus nostalgias con estas victorias. Que ninguna clase se crea vencedora. Que nadie piense que el sacrificio de hoy excluye el de mañana. El Imperio es difícil y nosotros exigimos el Imperio.



Y porque estamos en la Guerra decimos al obrero: Que ninguna clase se sienta vencida; nuestra sangre tiene la rígida exigencia de servir para que nunca más vuelvas tú a ser tratado como una bestia o una máquina. Por una España injusta no moveríamos ni un pie.

AÑO I
Número 1
Segovia 13
de Octubre de 1936
Precio del ejemplar
15 céntimos

LA FALANGE

Redacción
y Administración
San Facundo, 1
Suscripción:
Al mes... 1,00
Trimestre 3,00

FE DE VIDA

Despegamos hoy de «El Adelantado de Segovia» este periódico, que inicialmente se publicó enclavado en él. Es la hoja de «La Falange» en esta J. O. N-S provincial; pero advertimos, para que no se nos exija nada, que esta hoja se escribe en la prisa guerrera del momento y que por ello la frecuencia de su salida no es fija ni segura. Saldrá cuando se pueda hacer. Únicamente, para su seriedad administrativa, la configuramos como semanario y aseguramos, si no rigor en las fechas como se ha dicho, la seguridad de una fijeza en el número de salidas.

SALUDO

Saludamos desde aquí a los «Boinas Rojas» de la guerra civil, a nuestros compañeros de armas. Porque sentimos sus afanes, ya que no sus nostalgias, y porque los entendemos como nos entienden.

GUION

Necesitamos dos cosas: una nación y una justicia social.

No tendremos nación mientras cada uno de nosotros se considere portador de un interés distinto: de un interés de grupo o de bandera.

No tendremos justicia social, mientras cada una de las clases, en régimen de lucha, quiera imponer a las otras su dominación.

(De José Antonio Primo de Rivera.)

REVOLUCION

Hay dos maneras de revolución: una, la que destruye, la tumultuaria y de catástrofe, la que pone fin a un orden y siempre nace de los factores de descomposición que dentro de ese orden anidaban.

Esta revolución—que corta la línea de la Historia en apariencia, que en apariencia muda los fundamentos de las cosas—no es en realidad sino una prolongación, un último extremo de una evolución en descenso.

Porque la línea histórica de los pueblos conoce estos trances: una etapa de fundación y sobre ella una línea ascendente hasta la plenitud; la misma plenitud—el Estado en su verdadero ser—que se mantiene por razones de misión o de voluntad, y por último, la línea depresiva, el descenso—cada vez más agudo, más rápido, más fiero—hasta la extenuación. Y entonces el hecho revolucionario: la revolución francesa en lo que fue terror y revuelta, no en lo edificativo: Napoleón; y la revolución española hasta nuestros días: la República. En cualquiera de ellos (más claramente en la nuestra) es la expresión de un mal preexistente lo que viene a contenerse en esencia: o la Reforma en lo liberal o el liberalismo capitalista en la República; capitalismo que busca un sucesor, aun en línea descendente, que no es a su vez sino una acusación de los propios desórdenes que rompe: marxismo.

En este último trance del descenso no hay opción: o se sigue la marcha de la Historia—la evolución fatal—y se parece, o se interpone (he aquí el libre albedrío de los pueblos) la voluntad enérgica y templada. De todos modos, hay que matar al Orden, que perece por sí. Pero en aquel segundo caso cabe tender el puente que dé continuidad, línea de historia a lo que muere, no conservando sus formas y sustancias, sino iniciando, sin perder su tierra, una nueva subida, una nueva etapa de la Historia, entrando en aquel tramo que dijimos de la Era fundacional. ¿Y eso, que es comenzar, plantar raíces, iniciar órdenes—tan ligados como se quiera con el pasado, enclavados en la eterna sustancia del ser sobre el que se opera—, cómo hemos de llamarlo sino revolución? ¿Qué es sino revolver, mover, substituir, desplazar y retirar escombros para asentar murallas?

Hay quien prefiere que a eso lo llamemos «Reforma»—disfraz que una vez se ha usado ya—, que no significa alteración de contenido. Pero he aquí que en el panorama descrito no es una «forma» lo que estorba, sino la alteración de ésta y su entraña.

Otros, que «Evolución». Huele esto a natural, a teoría sobre las especies, a liberalismo romántico. Es el dejar hacer—o no entendemos las palabras—, es dejar que una cosa se forme por sí sola o se deforme. Si partimos de que algo está podrido, su evolución no puede ser otra que el aniquilamiento—y ya se vió cómo íbamos a él por aquellos cauces—. Si se interpone una vigilancia, si se dirige la evolución, ésta ya no es tal; la línea es revolucionaria pero, en todo caso, tímida, pobre, lenta, propia para el estancamiento y la rutina, porque de lo deshecho nada podrá salir si no se le renueva en las raíces.

¿Lo llamaríamos «Restauración»? Esto será el retorno a una forma antigua, pasada. No es problema de forma—lo decíamos—este que nos ocupa. Pero aun así: ¿cómo un instante histórico podrá ser revivido en otro cuando para formarlo deciden tantos elementos menudos, tantos factores inaprehensibles, tantas condiciones de Época fugitivas e irremplazables?

Podremos restaurar el «sentido» de aquéllas, podremos imitar el «ejemplo»

(Continúa en la 2.ª plana.)

Nos ha dicho el General Franco:

«Sois la más fiel expresión de la hidalguía española, vosotros, que no tenéis taras políticas, que estáis completamente limpios de los pecados que llevaron a España a la situación caótica que sufríamos, seréis los verdaderos regeneradores de la Patria, vosotros devolveréis a España su grandeza; por eso, con toda la fuerza de mis pulmones, grito con vosotros: ¡Arriba España!»

Alientan estas palabras el ímpetu de nuestra primera salida.

Y en ella estampamos como homenaje, saludo y reconocimiento, el nombre que hoy representa a la Patria y al Ejército.

GENERAL FRANCISCO FRANCO
BAHAMONDE:

En tí, saludamos el amanecer del Imperio y en tí a la grave hermandad militar, con la que siempre estaremos en unión, por lazos de sangre, por lazos de amor y por lazos de estilo.

Viva el Ejército. Y en la vida y en la muerte, mi general. ¡ARRIBA ESPAÑA!